

HIMNO A EROS

*A Vicente Aleixandre, larga vida
antes y después de cruzar las aguas.*

*Las nubes se han ido y la brisa te envuelve
acariciando tus formas, las aguas del lago
se aquietan y en el fondo de tu ser miras
apenas saciado: aromas y gustos, sensaciones
táctiles e imágenes, todos cuantos te sirven,
amo genérico de la vida, contenido del gozo
soberano sin otro límite que el de tu hartura
improbable, semilla de experiencia en el concepto
tributario del don de la hermosura, vasallo
de la pulsión de lo idéntico como referencia
que es posesión tuya en movimiento o reposo.*

*Aves que se dirigen a sus nidos ahora
al inicio de los cantos primeros de la mañana,
palabras alzando vuelo hacia una dicha inefable:
el matiz que persiste tras la espuma y olas
quebrantadas, tuyas son las sendas acuosas
y las ígneas, aunque tampoco olvidamos
que si cabe eriges al saber un fundamento.
Todas las puertas menos la que hay entre tú
y yo, tú y nosotros, pueden cerrarse, así
nos has garantizado siempre la porción nutricia.*

*Es inútil, no obstante, si buscáis la ganancia,
si no pretendéis más que el engrosamiento
en vez de la apertura de horizontes infinita:
inmortales primum deos, ut lege dispositi sunt.
Y en todo caso sólo a ti debemos retribución
obligada, pues tú nos previenes para afrontar
el encuentro: contempla nuestro regocijo en ti,*

que libres al fin estamos de vergüenza. Así es, los sesgos de nuestra acción reconfortan la potencia apasionada de tu creador aliento, porque disponen en ti de la impronta de lo genuino, y no os digo que no sea su esencia causa de mal, sino que en él no importan causas ni medios ni fines, ya que no hay deseo donde pueda haber lo falso.

Desde ti, contigo, de ti: ley, conocimiento, senda. Los pájaros se han ido y la gente es poca: pero uno se levanta al resplandor inicial a bañarse en el arroyo de luna cuando la noche se ausenta, en el curso misterioso de pétalos que avanzan hacia tierra y cielos inmortales. Experiencia del paraíso, experiencia del infierno, aspiración a la unidad a través de la discordia.

De tus emociones. No es menos fuerte en ti el amor a quien combato: temor y pasión consustanciales a los tanteos iniciáticos. Y el reposo que tiene su asiento en la armonía, en la noche fugaz y absoluta de tu arrobamiento. Recordad bien lo que dijo Hermes, el dios fálico, a Febe, al sorprender a la diosa del amor yaciendo con el dios de la guerra: por mi cabeza, dijo, que hubiese yacido con la que nació de la espuma también, aun intuyendo la trampa del esposo celado y la probable condena, hipócrita e injusta, bajo la mirada de dioses entre estupor y envidia.

Hablaba de ella, de cualquier nombre que te pertenece, Venus o zorra, una dama graciosa de la decadencia que tal vez no permitirá siquiera una visión insistente, o un ejemplar de gacela, una rana que oronda pavonea sus viscosidades en el charco, una Hembra frondosa de cáñamo índico saturada de resina sublime. Hablaba de una mujer feroz, o de una criatura tierna de cualquier género, un potro, una cigüeña, un salvaje, hombre de ciudad y bosque, Gilgamesh y Enkidu antes de disputarse la fortaleza suprema de la Hetaira frente al templo.

*Se desliza la noche, no es difícil captar suspiros
de mi gloria, el viento en las porosas cortinas
de lluvia tenue. Un gramo de mi llama, un gramo
de ceniza: he aquí lo que has de amar para ponerte
en la senda divina, donde es tu deseo mi fortuna
y un adorno prescindible mi mera permanencia.
Apasionadas engarzan en ti las estaciones
estrelladas de la última hora, y aire para el hilo
instantáneo que por medio de los corazones recorre
de un extremo a otro el asta de la magia blanca
en que consiste esa renuncia, abandonar el otro
que yo soy para contigo, ceder a la ilusión
el velo con el que la identidad me despoja
de la riqueza o desnudez elemental de quien
va a entregarse a la fiesta de tu pasión certera.*

*Vigilia y sed hasta que piedra y oro y barro
sean iguales a nuestra vista. Y más allá,
porque también hay cautiverio en las sendas
e impureza en los estados, más allá de cualidades,
de cambio y decadencia o pugna entre uno y otro,
oculto para la percepción de las inteligencias,
libre de la influencia de los pensamientos,
el que no tiene ni carece caza por igual entre
ignorantes y sabios: pies que no se arredran
a caminos arduos, lágrimas endulzando la primavera.*

LEOPOLDO LOVELACE

Department of Political Science
University of California at Sta. Barbara
California 93106
USA